

La mitografía como disciplina filológica



Jordi Pàmias

(Universitat Autònoma de Barcelona)

1. LA FILOLOGÍA Y LA ‘ACADEMIC CORRECTNESS’

La palabra ‘filología’ (y notablemente ‘filología clásica’) denota hoy en día una disciplina científica envejecida y pasada de moda, incómoda acaso, en el entorno político-académico catalán —y probablemente también en otras latitudes.¹ En un artículo que conmemoraba los 25 años de la aparición de su libro *Orientalism*, Edward Said ya reconocía que “pour les jeunes de la génération actuelle, la philologie évoque une science aussi antique que surannée, alors qu’elle est la plus fondamentale et la plus créatrice des méthodes d’interprétation”.² Después de definirse como humanista y de citar a algunos de los filólogos más célebres del siglo xx (Erich Auerbach, Leo Spitzer, Ernst R. Curtius), Said evocaba una “époque où on analysait les textes en termes philologiques, de manière concrète, sensible et intuitive”.

No pretendemos ser originales si afirmamos que el edificio de la filología, entendida ésta en el sentido más amplio posible, descansa sobre los fundamentos de la crítica textual y la edición de textos. Ciertamente, una vez establecido el texto, es también tarea del filólogo su interpretación. En contra de ciertas tendencias actuales —para las cuales el término filología es igualmente sospechoso— estamos convencidos, como nuestros colegas de Huelva,³ de que los textos antiguos son portadores de unos significados. Y el significado no es sólo construcción del crítico o del lector (como pretende parte de la teoría postmoderna), sino que es inherente al

¹ Mientras escribo estas palabras, soy testigo en primera línea de un proceso de transformaciones de la universidad pública catalana, a consecuencia del cual los estudios humanísticos, y muy especialmente las humanidades clásicas, sufren depredaciones de todo tipo. En nuestra Universitat Autònoma de Barcelona los estudios de Filología, entre ellos la titulación de Filología Clásica, han cambiado recientemente su nombre por el más moderno, y más anglosajón, de Estudios Clásicos — un cambio de nomenclatura, como muchos otros, bajo el paraguas, y el pretexto, del proceso de convergencia con el espacio de educación superior europeo (‘Bologna’). Pero la presión no viene únicamente de ‘arriba’: como ha demostrado la moderna sociología francesa, el poder es una fuerza que no se desplaza sólo en sentido vertical, de arriba abajo, sino que es multifocal y se transmite por vías muy diversas y difusas —por ejemplo, de abajo arriba (Fowler & Fowler 1996, 873-874). Una fuerza histórica poderosísima, en efecto, es la autocensura. Ello explica, acaso, que algunos colegas filólogos se sientan cómodos con el atuendo, más moderno, de los *cultural studies*. Un alegato contra la (moderna concepción de) cultura puede leerse en Finkielkraut 1987, 149-179.

² Cf. Said 2003.

³ Este párrafo reproduce, casi integralmente, las palabras del texto programático del Equipo editorial de *Exemplaria Classica* 2004, 3-4.

texto mismo, y depende de la personalidad, intenciones y propósito del autor antiguo, del contexto histórico de la composición y de la tradición literaria en la que ésta se injerta. Es tarea del crítico estudiar e interpretar estos significados originales para acercar el texto antiguo al lector moderno. Manifestamos nuestro escepticismo ante los comentarios especulativos que no tengan un anclaje claro en la discusión de textos y de los datos que de éstos se desprenden: los sistemas envejecen, a veces con mucha rapidez; sólo los datos de los textos son inmutables. Si estos cimientos son firmes, lo que se construya será duradero.

2. LA MITOGRAFÍA Y LAS SEDUCCIONES DE LA INTERPRETACIÓN

Como filólogo, exhorto a regresar a los textos. Pero como filólogo consagrado al mito griego, debo preguntarme por la contribución de este apego y compromiso textuales al conocimiento de los mitos. En el caso de la mitografía, la vuelta al texto exige comprender la transmisión literaria de un mito dado en la Antigüedad, lo que implica, como preconizaba Albert Henrichs, un examen específico de los

“problems of authorship, dating, composition or source criticism that are typically encountered by those interested in a given mythographical work [...] a major mythographical component [...] or a particular myth”.⁴

El profesor de Harvard, que escribía estas líneas hace casi 25 años, constataba la negligencia de los especialistas a la hora de explorar los contextos literarios en los que se transmiten los mitos (“ignorance of the whole range of ancient mythography has never been more rampant than it is today”) y hacía una llamada a intentar un “source-critical scrutiny”, que sirviese, cuando menos, de salvaguarda contra las interpretaciones basadas en conclusiones sacadas, precipitadamente, de una documentación incompleta.⁵

Una mitografía ‘filológica’ prevé un comentario que acompañe al texto. Este comentario, a mi parecer, debe aspirar a describir el mito en relación con otras versiones y variantes míticas conocidas en la antigüedad y, si ello es posible, clasificar los mitos según una cierta tradición literaria y localizar sus fuentes. En otras palabras, hay que proyectar el texto en cuestión hacia un plano histórico-literario. El filólogo deberá apoyarse en el texto para no desarraigar los mitos de su tejido narrativo, es decir, tendrá que renunciar a lo que podríamos llamar las ‘seducciones de la interpretación’. En efecto, si el principal enemigo de la investigación mitográfica es la misma ciencia de la mitología, ello se debe a que el siglo xx fue capaz de reconocer en el mito una forma autónoma de pensamiento (*Denkform*), dotada de un significado que desborda el soporte textual por medio del cual un mito determinado ha llegado a nosotros. Deslumbrados ante esta conquista, un buen número de estudiosos han abrazado interpretaciones, de varia índole, sin atender a la materia prima: los textos antiguos. A nuestro parecer, la tarea

⁴ Cf. Henrichs 1987, 243-244.

⁵ Cf. Henrichs 1987, 258.

mitográfica implica, más bien al contrario, una actividad fundamentalmente filológica.⁶ La tarea del filólogo que se consagra a la mitología consiste, en definitiva, en describir los mitos más que (o antes de) interpretarlos. Al abrigo de la filología, la mitografía se encuentra en su elemento.

3. LOS PARVA MYTHOGRAPHICA

El cemento que fundamenta estos *Parua Mythographica* es, ante todo, metodológico. El hilo conductor que vertebra la veintena de contribuciones es, en efecto, una perspectiva rigurosamente filológica, y sobre todo un gusto por todo lo minúsculo, en el estudio de la mitología. Al fin y al cabo las contribuciones que presentamos, se dirá acaso, son más *parua* que *mythographica*.

El fin de siglo y de milenio pasados se han conjurado para declarar clausurados los grandes sistemas, con sus visiones holísticas de la realidad y la historia y sus poderosas corrientes teóricas. Las sospechas que recaen sobre las grandes escuelas interpretativas y sobre las tentaciones macroscópicas de la *theory* nos invitan a una mirada crepuscular de la realidad, atomizada e incierta. Una reliquia se salva del derrumbe: los textos, que permanecen inalterables, ajenos a la impugnación de los sistemas. Una aproximación microscópica, que pueda atender humildemente a las múltiples razones particulares, me parece adecuada y acorde al momento. Me gusta pensar, con Georg Ch. Lichtenberg, que la “*Neigung der Menschen, kleine Dinge für wichtig zu halten, hat sehr viel Großes hervorgebracht*”. Un vistazo rápido a los títulos de los distintos capítulos permite percatarse de que este volumen no pretende reconstruir una visión cerrada y rotunda de lo que los griegos conocían como ‘mitografía’ ni ofrecer una visión de conjunto sobre este género literario.

Es probablemente una *vérité acquise* el considerar la mitografía un producto libresco típicamente alejandrino y el ver los manuales de mitografía como colecciones, propias de la época helenística en adelante, creadas en un “*world of libraries, official texts, and institutionalized research*”.⁷ Pero el volumen *epoch-making* de Robert Fowler, dedicado de forma exclusiva a los *early mythographers*,⁸ ha obligado a los estudiosos del mito griego a replantearse sus nociones sobre el concepto de mitografía, entendida ésta como un género literario bien delimitado, con sus normas y programas, y su pleno desarrollo a partir de época posclásica. Si en la discusión tradicional, como decíamos, se da por sentado que la mitografía se desarrolla con el helenismo (y según el artículo de Carl Wendel de la *Realencyclopädie* nace con Asclepiades de Tragilo),⁹ Fowler retrotrae la mitografía hasta los primeros prosistas (Hecateo de Mileto, Ferecides de Atenas, Acusilao de Argos), también

⁶ He depredado este último párrafo de Pàmias 2008, 67-68.

⁷ Fowler 2000, xxxiii. Cf. Higbie 2007, 237: “From sometime in the fourth century BC on, Greeks developed an interest in collecting, documenting, and interpreting the important literary works of their past”.

⁸ El autor plantea, en la introducción (Fowler 2000, xxix), si hubiese sido preferible editar los ‘mitógrafos’ en lugar de ‘mitografía’.

⁹ Vid. Wendel 1935, 1353-1354; Fornaro 2006, 465. Para Asclepiades, cf. las contribuciones de Asirvatham y Villagra en este volumen de *Parua Mythographica*.

conocidos —de forma paradójica pero muy reveladora— como logógrafos. Es decir, justamente aquellos autores que en los monumentales *Fragmente der Griechischen Historiker* de Felix Jacoby son los ‘proto’-historiadores y ‘aún no’ historiadores —del mismo modo que los *Fragmente der Vorsokratiker* de Diels & Kranz incluyen a Acusilao de Argos entre los presocráticos como los *forerunners* del pensamiento filosófico.¹⁰

En el debate contemporáneo acerca del estatus y el concepto del mito, esta forma de relato tradicional, en cuanto ‘categoría indígena’ para los griegos, ha ido perdiendo grosor y autonomía,¹¹ hasta convertirse, como quería Detienne, en “un poisson soluble dans les eaux de la mythologie”.¹² Correlativamente, el concepto de mitografía que manejo al presentar estos *Parua Mythographica* desborda ampliamente el marco de los tratados antiguos y manuales sobre ‘mitos’ que asociamos inmediatamente a la mitografía como género literario. Como sugiere Minerva Alganza,¹³ en la definición del término mitografía, sus límites cronológicos y alcance temático, se cifran los debates modernos más candentes acerca de la noción de mito, la oposición entre mito y logos o la tensión entre oralidad y escritura. No es de extrañar, pues, que incluso autores, como Wendel, que aseguran que la mitografía se constituye como género a comienzos de época helenística, propugnen la existencia de recopilaciones escritas de materiales míticos (en forma de listas o catálogos para uso de poetas y aedos) en época arcaica. Estos materiales, cuyas huellas persisten en la literatura cíclica, en pasajes de Homero o en el *corpus* hesiódico, serían mitografía *tout court* para filólogos como Pellizer.¹⁴ La plasmación por escrito —y eventualmente por medios iconográficos— de un mito lo desvincula del *hic et nunc* religioso y ritual y lo emancipa de su matriz institucional. Desde este punto de vista, la transcripción implica la reformulación del mito como narración escrita con nuevas funciones (éticas, estéticas, religiosas, institucionales...).

Sin límite cronológico preconcebido, estos *Parua Mythographica* incorporan a nuestra disciplina distintas transcripciones míticas desde Homero (Santiago),¹⁵ hasta la mitografía griega de época imperial redactada en latín (Santoni, Soler). Ello incluye desde discusiones sobre textos estrictamente mitográficos ‘de género’ (Fowler, Segarra, Asirvatham, Villagra, Trachsel, Ramon, Pagès, Soler), a las formulaciones en distintos ‘géneros’ literarios, como la épica (Santiago), la lírica

¹⁰ Me parece significativo el riguroso veredicto de Kirk y Raven a la inclusión de Acusilao entre los *Vorsokratiker*: “Acusilaus ... was a genealogist who might well have given a summary and of course unoriginal account of the first ancestors ... He is almost entirely irrelevant to the history of Presocratic thought, and scarcely deserves the space accorded him in Diels/Kranz” (Kirk, Raven, Schofield 1983, 20). Nótese una formulación ligeramente distinta en las primeras ediciones del libro: “He is almost entirely irrelevant to the *history of early Greek philosophy*, and scarcely deserves...” (Kirk & Raven 1964, 23 [con mis cursivas]).

¹¹ Para cuestiones terminológicas referidas al mito y su relación con el cuento, véase la contribución de Torres en este volumen.

¹² Detienne 1981, 238.

¹³ Alganza 2006, 11-12.

¹⁴ Pellizer 1993, 285.

¹⁵ Y más allá, con los testimonios del II milenio en Lineal B (Varias), que incorporamos decididamente como elemento de comparación por cuanto ofrecen elementos de reflexión acerca de la (dis)continuidad con la Grecia del primer milenio.

(Pòrtulas), los himnos (Bernabé), la tragedia (Librán, Edmunds), la filosofía (Torres), la escoliografía (Pontani, Delattre), la literatura técnica (Santoni, Geus), y en distintos soportes, como el epigráfico (Oller y Pena, Piñol) o el iconográfico (Edmunds). En definitiva, partiendo de la propuesta de Albert Henrichs, para quien la tarea de la mitografía se centra en la obra mitográfica y en los componentes mitográficos,¹⁶ nuestros *parua mythographica* van más allá y rastrean y persiguen los mitos —ese *poisson* del que hablaba Detienne— bajo cualquier formulación textual que los haya atrapado en sus redes.

¹⁶ Cf. n. 4.